

de aquéllos pero menos distintos y cuyos resultados son menos aparentes. Con la lealtad va naturalmente la fé; estos dos sentimientos en realidad casi son inseparables. La presteza en obedecer al general durante la guerra, supone la creencia en su capacidad militar; la presteza en obedecerle durante la paz, supone la creencia de que esta capacidad, se extiende también á los asuntos civiles. Cada una de las victorias del jefe, imponiendo la imaginación de sus súbditos, engrandece su autoridad. Los testimonios de su acción reguladora sobre la vida de sus súbditos, se hacen más frecuentes y decididos; y estos testimonios dan á pensar que su poder es ilimitado. Esta idea favorece el desarrollo de una confianza absoluta á la autoridad gubernamental. Las generaciones educadas en un régimen que gobierna todos los asuntos privados y públicos, admiten tácitamente que estos no pueden ser gobernados de otra manera. Cuando no se tiene la experiencia de otro régimen, es uno incapaz de imaginarlo. En las sociedades como el antiguo Perú por ejemplo, donde la regimentación según vimos era universal, no existía elemento alguno que pudiera entrar en la composición de la idea de una vida industrial espontáneamente llevada y gobernada.

Como consecuencia natural, represión de la iniciativa individual, y por consiguiente, falta de empresa particular. A medida que el ejército adquiere su organización, queda reducido á un estado en que toda acción independiente de sus miembros es objeto de prohibición. A medida que la regimentación penetra en la sociedad en general, cada uno de sus miembros dirigido ó contenido á su vez, tiene poco ó ningún poder de conducir sus propios asuntos de otro modo que con arreglo á la rutina establecida. Los esclavos no hacen sino lo que sus dueños les manden, los dueños no pueden hacer nada que esté fuera de los usos sin permiso de la autoridad, y la autoridad local no concede ningún permiso sin consultar á las autoridades superiores jerárquicas. Por eso el estado mental resultado de estas influencias, es el de la resignación pasiva y la expectativa. Cuando el tipo militar está enteramente desarrollado, todo ha de hacerse por medio de la acción pública, no solo por la razón de que se deja sentir en todas las esferas, sino porque, si no las dominara, no se crearía en ellas ninguna otra autoridad, puesto que la idea y los sentimientos que pudieran crearla, son ininteligibles.

Falta añadir á estas causas una influencia que obra al mismo tiempo sobre la inteligencia y que concurre con ellas. La única causa que se reconoce es la persona, y la idea de una causa impersonal no puede formarse. El hombre primitivo no tiene ninguna idea de la causa en el sentido moderno. Los únicos

agentes que se admiten en la teoría de las cosas, son los vivos y los espíritus de los muertos. Todos los acontecimientos insólitos lo mismo que los habituales susceptibles de variación los atribuye á seres sobrenaturales. Este método de interpretación vive y subsiste durante las primeras edades de la civilización; como vemos, por ejemplo, entre los griegos de Homero, que atribuyen las heridas, la muerte, el hecho de librarse de los peligros en la batalla, á los golpes del enemigo, al rencor y al auxilio de un dios, y que miraban como inspirados por los dioses los actos buenos ó malos. La persistencia y el desarrollo de la estructura y de la actividad militares conservan este modo de pensar. En primer lugar, ella impide indirectamente el descubrimiento de las relaciones causales. Las ciencias nacen de las artes; empiezan en calidad de generalizaciones de verdades que la práctica de las artes hace patentes. A medida que los procedimientos de producción se multiplican haciéndose más variados, y que aumenta su complejidad, se llega á reconocer en ellos mayor número de leyes; y la idea de una relación necesaria y de una causa física, se desarrolla. Por consiguiente, desanimando el progreso industrial, el militarismo pone obstáculo al reemplazo de las ideas de causalidad personal, por la de causalidad impersonal. Se llega á este mismo resultado, reprimiendo la cultura intelectual. Naturalmente una vida ocupada en adquirir conocimientos, lo mismo que una vida ocupada en la industria, se consideran despreciables por los que dedican la suya á la guerra. Los Espartanos son en la antigüedad, una prueba de ello; otras tenemos en los tiempos feudales de Europa, cuando era desdeñado el saber y estimado como bueno únicamente, para los clérigos y el pueblo bajo. Evidentemente á medida que las ocupaciones guerreras ponen obstáculos al estudio y á la difusión del saber, retardan el instante en que el espíritu emancipado de la autoridad de las ideas primitivas, llega á reconocer las leyes naturales. En tercer lugar y ante todo, el efecto en cuestión, es resultado de la experiencia visible y continua de la causación personal, suministrada por el régimen militar. En el ejército, desde el general en jefe hasta el peon subalterno privado, todo movimiento está dirigido por un superior, y en la sociedad, cuanto más completa es su regimentación, más sucede todo con arreglo á la voluntad reguladora del soberano y de sus subalternos. Cuando se trata de interpretar las cuestiones sociales no se reconoce pues más que una sola causación, la causación por la persona. La historia no es más que una serie de actos humanos notables; y se admite tácitamente que ellos son quienes formaron las sociedades. El espíritu no ve el curso de la evolución social porque no está acostumbrado á la causación impersonal. La idea del génesis natural de los



órganos y de las funciones sociales es una concepcion enteramente extraña, y parece absurda al primer momento. La idea de un proceso social que se regula á sí mismo, es ininteligible. El militarismo da al espíritu del ciudadano una forma, no solo moral, sino tambien intelectualmente adaptada á este régimen, una forma, en fin, que no le permite pensar en discordancia con el sistema impuesto.

He ahí, pues, tres manifestaciones del carácter del tipo militar de la organizacion social. Nótese la concordancia de los resultados.

Hay *á priori* condiciones evidentes que debe una sociedad llenar para mantenerse frente á sociedades hostiles. Para que pueda conservar lo más eficazmente posible la vida corporativa, necesita que la accion corporativa esté por todos secundada. En igualdad de circunstancias, es mayor la fuerza combatiente cuando los que no pueden combatir trabajan para el sustento de los que combaten con la condicion evidente de que la parte trabajadora no exceda de los límites á este fin necesarios. Las fuerzas de todos utilizadas directa ó indirectamente para la guerra, son más eficaces cuando están mejor combinadas; además de la union entre los combatientes, se necesita la union entre los no combatientes para que el auxilio de estos, dé con prontitud todo lo que pueda dar. Para cumplir con estas condiciones es necesario que la vida, los actos y los bienes de todos estén al servicio de la sociedad. Este servicio universal, esta combinacion, esta absorcion de los derechos individuales, supone un órgano gubernamental despótico. Para que la voluntad del jefe guerrero sea eficaz cuando el agregado social es grande, se necesitan sub-centros, y sub-subcentros jerarquizados por donde pasen las órdenes, robusteciéndose á la vez en la parte combatiente y en la no combatiente. Del mismo modo que el capitán dice al soldado lo que debe hacer y lo que no debe hacer, del mismo modo en toda la extension de una sociedad militar, la regla es á la vez negativa y positivamente reguladora; no se limita á prohibir, dirige; el ciudadano, como el soldado, vive bajo un régimen de cooperacion obligatoria. El desarrollo del tipo militar implica un rigor creciente, puesto que la coesion, la combinacion, la subordinacion y la reglamentacion á que somete las unidades de una sociedad, disminuyen ineyitavelmente su aptitud para cambiar su posicion social, sus ocupaciones y sus localidades respectivas.

El estudio de las sociedades pasadas y presentes, grandes y pequeñas, que tienen ó tuvieron por carácter un militarismo pronunciado, prueba *á posteriori* que entre las diferencias debidas á la raza, á las circunstancias, ó á su mayor

ó menor desarrollo, hay semejanzas de diferentes clases que ya antes hemos indicado al raciocinar *á priori*. El Dahomey moderno y la Rusia, como el antiguo Perú, Egipto y Esparta, son ejemplos de la posesion del individuo por el Estado, la cual se extiende á la vida, á la propiedad, á la libertad y á los bienes, posesion que es el carácter del estado social adaptado á la guerra. La Roma imperial, el imperio de Alemania é Inglaterra desde que ha entrado en camino de las conquistas, demuestran que con los cambios que adaptan más una sociedad á las funciones guerreras, hay un crecimiento del funcionarismo, de la autoridad, de la vigilancia, que establece analogía entre la vida de los paisanos y la de los militares.

Por último, es otro testimonio el del carácter adaptado de los hombres que componen las sociedades militares. Estos hacen consistir la suprema gloria en el éxito alcanzado en la guerra; por eso confunden la bondad con la bravura y la energía. La venganza es para ellos un deber sagrado: obrando en su casa segun la ley de las represalias que aplican fuera de ella, están prontos así en el interior como en el exterior á sacrificarse á los demás. Sus sentimientos simpáticos constantemente sofocados durante la guerra, no pueden ser activos durante la paz. Han de inspirarse en un patriotismo que mira el triunfo de su sociedad como el supremo fin de la accion; han de tener la lealtad de la cual resulta la obediencia á la autoridad; en fin, para que puedan ser obedientes han de tener una fé sólida. Con la fé en la autoridad, y la aptitud para sufrir una direccion que es consecuencia de aquella, no hay, como es natural, más que un débil poder de iniciativa. La costumbre de verlo todo reglamentado oficialmente, favorece la creencia de que el gobierno oficial es en todas partes necesario; por último una vida que hace familiar la causacion personal, y en ninguna parte ofrece la experiencia de la impersonal, produce la incapacidad de concebir ningun hecho social como el efecto de coordinaciones espontáneas. En fin, estos caracteres de naturaleza individual, acompañamiento necesario del tipo militar, son los que notamos en los miembros de las sociedades militares presentes.